

DYLAN
FARROW

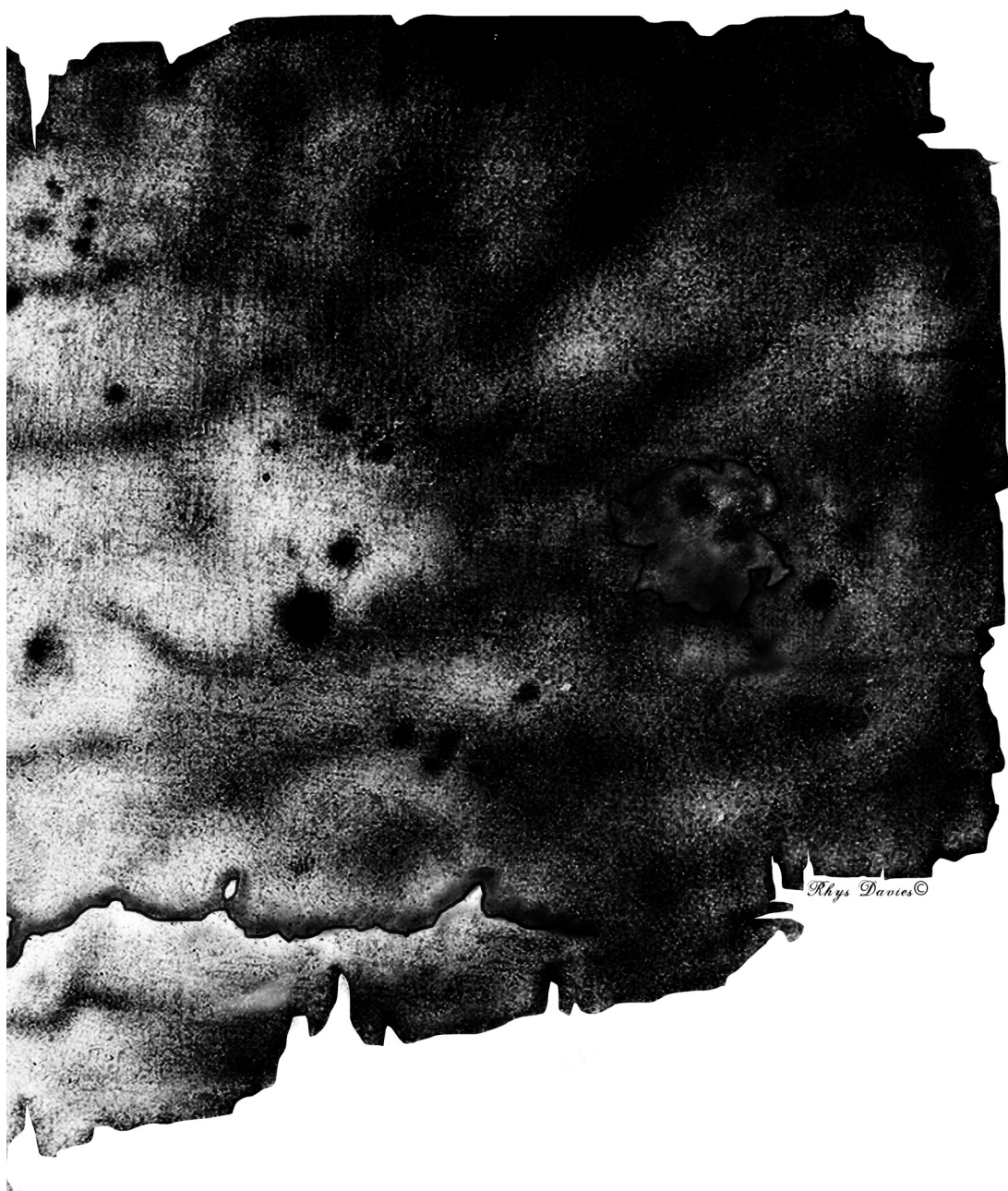
SILENCIO

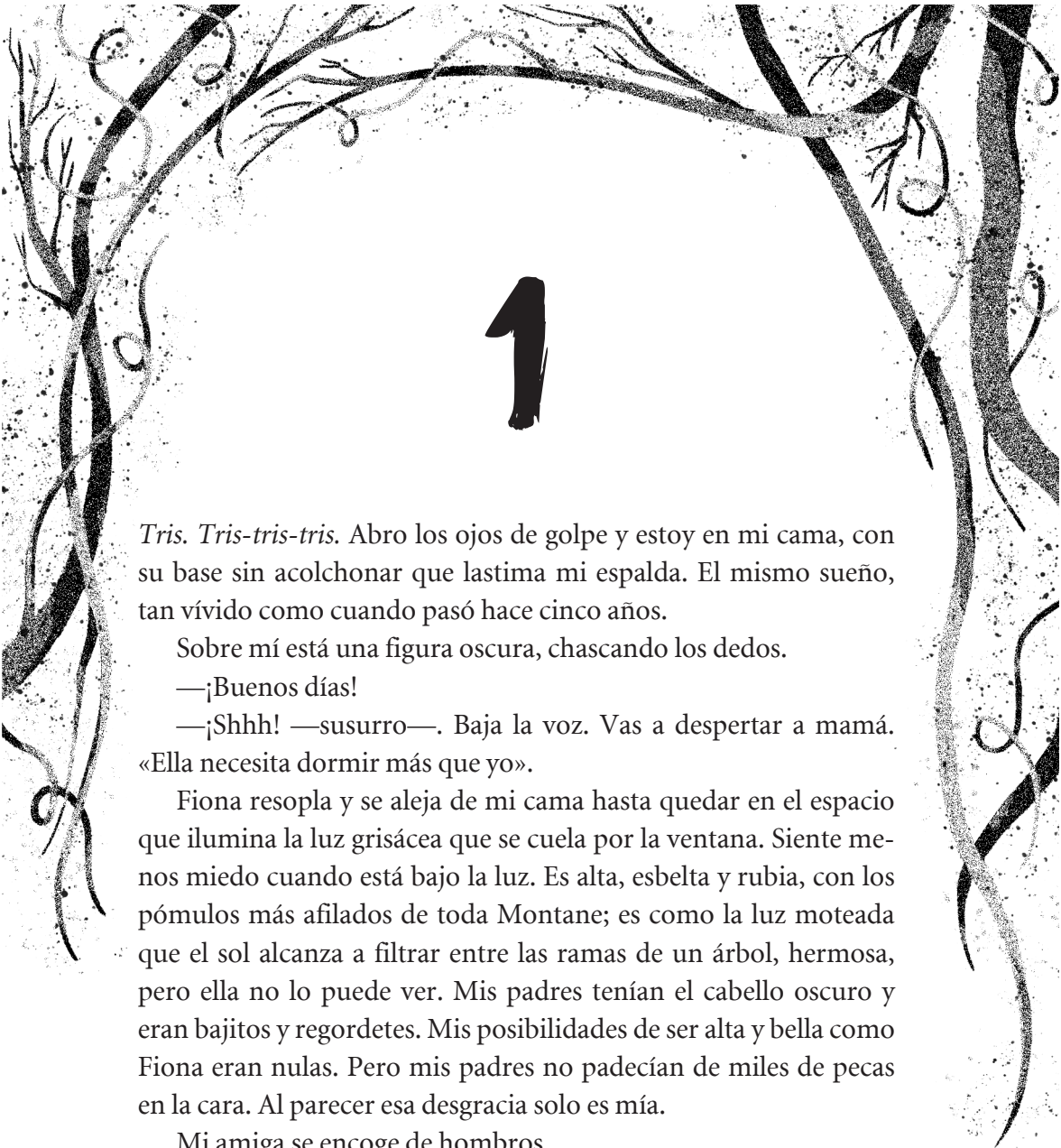
SERIE HUSH

①

 Planeta







1

Tris. Tris-tris-tris. Abro los ojos de golpe y estoy en mi cama, con su base sin acolchonar que lastima mi espalda. El mismo sueño, tan vívido como cuando pasó hace cinco años.

Sobre mí está una figura oscura, chascando los dedos.

—¡Buenos días!

—¡Shhh! —susurro—. Baja la voz. Vas a despertar a mamá. «Ella necesita dormir más que yo».

Fiona resopla y se aleja de mi cama hasta quedar en el espacio que ilumina la luz grisácea que se cuela por la ventana. Siente menos miedo cuando está bajo la luz. Es alta, esbelta y rubia, con los pómulos más afilados de toda Montane; es como la luz moteada que el sol alcanza a filtrar entre las ramas de un árbol, hermosa, pero ella no lo puede ver. Mis padres tenían el cabello oscuro y eran bajitos y regordetes. Mis posibilidades de ser alta y bella como Fiona eran nulas. Pero mis padres no padecían de miles de pecas en la cara. Al parecer esa desgracia solo es mía.

Mi amiga se encoge de hombros.

—La verdad, si duerme tan profundo como tú, lo dudo.

Miro a mi madre. Cobijada en la cama al otro lado de la habitación, tan delicada, con sus costillas subiendo y bajando suavemente con cada respiración. Quizá Fiona tiene razón. Mi madre duerme como si estuviera muerta.

—¿Qué haces aquí? —Me retiro la cobija maltrecha de las piernas y me masajeo el hombro para deshacer un calambre.

—La luna está en cuarto creciente, ¿recuerdas?

El padre de Fiona vende lana de nuestras ovejas y nos paga con comida de su tienda de abarrotes. Es una de las pocas familias que se relaciona con la mía desde que La Mancha nos alcanzó. Desde entonces, cada mes, en cuarto creciente, Fiona viene a mi casa para intercambiar los pocos bienes con los que nuestras familias sobreviven.

—Pero ¿por qué tan temprano? —Disimulo un bostezo. Me duelen los pies cuando tocan el suelo frío y las piernas me tiemblan por el cansancio. Anoche no pude dormir, pese a que había trabajado todo el día en el campo; los malos sueños revoloteaban por el borde de mi mente, llenos de susurros y sombras. Estuve despierta durante horas, cosiendo con los ojos entrecerrados bajo la pálida luz de la luna creciente que se colaba por la ventana, zurciendo para distraerme.

Fiona me sigue al otro lado de la habitación, donde está mi ropa colgada. Una blusa blanca sencilla, la desteñida falda verde a la que le hice unos bordados con hilo de lana, con el dobladillo rasgado y sucio, y un chaleco a juego forrado de suave pelo de conejo. No es nada elegante, en realidad es justo lo contrario, pero es el único atuendo que tengo. Prefiero usar pantalones para trabajar entre la pastura, pero tras años de ver cómo dejaban de quedarme en cuanto terminaba de hacerles la bastilla, resultó más fácil usar falda y hacerle nudos sobre las rodillas cuando hace calor o el terreno es poco amigable.

Fiona me da la espalda amablemente, haciendo un gesto burlesco por mi pudor, mientras me quito el camisón de dormir. Cuando termino de vestirme, la saco de la habitación y cierro la ruidosa puerta lo más silenciosamente posible.

—Papá quiere que esté de regreso en la tienda antes de que abra —me dice Fiona, mirando cómo mis manos, callosas y heridas por hilar, colocan las madejas de estambre en la canasta en la que se las entregaré—. Hoy llegan los Bardos.

«Los Bardos». De pronto siento como si la casa se hubiera convertido en hielo. Los ancianos del pueblo dicen que las palabras tienen poder, que ciertas frases pueden cambiar el mundo que te rodea. Se dijo lo mismo del color de la enfermedad. Se evitó el indigo como si tan solo verlo o escuchar su nombre pudiera ocasionar un rebrote del mal. Ahora se le llama, y esto solo cuando es absolutamente necesario, «el color maldito».

Solamente los Bardos pueden usar las palabras sin peligro, a través de sus Relatos. Todos en Montane saben que cualquier tonto puede materializar la desgracia con solo mencionar algo prohibido.

Algunos dicen que mi hermano fue uno de esos tontos.

Dicen que La Mancha empezó con la palabra escrita. El caos que generó se fue convirtiendo en terror por todas las palabras, escritas o habladas. Cualquier mención descuidada podría bastar para revivir la pandemia.

Mamá dejó de hablar por completo tras la muerte de Kieran.

Un miedo conocido me recorre las entrañas.

Los Bardos vienen una o dos veces al año; avisan su llegada apenas un par de días antes, a través de un mensaje que un cuervo le entrega al condestable del pueblo. Luego él convoca a todos los habitantes a prepararse para la llegada. Se recolecta el diezmo para la Casa Grande y, si quedan complacidos, podrían presentar un Relato, con el que bendicen a la tierra y a su gente.

Pero pocas veces quedan complacidos. Las ofrendas en Aster son pobres: un montoncito de lana, unos cuantos atados de trigo descolorido. El cuero y las astas de un ciervo, si estamos de suerte.

En toda mi vida no se ha visto un Relato en Aster, pero el mayor de los ancianos, el abuelo Quinn, suele contar uno de cuando era niño. Cuando los Bardos se fueron, la granja de trigo de su familia dio una cosecha que duró seis semanas.

La última vez que vi a los Bardos fue a lo lejos, el día que Kieran murió. Después, mamá me prohibió verlos; esas fueron las últimas

palabras que me dijo. De todos modos, no tengo tiempo para andar figoneando durante sus visitas. Con la tierra completamente seca por el sol inclemente, con frecuencia debo llevar a nuestro rebaño a kilómetros de aquí para asegurarme de que coman todos. El mes pasado perdimos a una becerra de tres semanas por inanición.

Ahora entiendo por qué Fiona vino tan temprano. Si las pobres madejas de estambre de nuestros borregos hacen que el diezmo del pueblo se vea aunque sea un poco mejor, quizá los Bardos nos ayudarán a ponerle fin a la sequía. El pueblo de Aster no ha visto una gota de lluvia en nueve meses.

—¿Estás bien? —me pregunta Fiona en voz baja.

Levanto la cabeza bruscamente y la miro. Últimamente me atormentan cosas extrañas que no puedo explicar. Sueños que parecen más bien predicciones terribles y sin sentido. Despierto con el temor creciente de que hay algo muy malo en mí.

—Estoy bien. —Las palabras salen de mi boca con dificultad.

Fiona me mira con una expresión de incredulidad en sus enormes ojos verdes.

—Mentirosa —dice sin más.

Tomo aire mientras una idea tonta y desesperada comienza a formarse en mi cabeza. Con una mirada de reojo hacia la puerta cerrada de la habitación, tomo la canasta del estambre con una mano, la muñeca de Fiona con la otra, y salgo de la casa con pasos decididos.

El sol apenas se está anunciando en el cielo cuando salimos; el aire aún está frío y seco. Las montañas que nos rodean dibujan una línea oscura y serrada frente a nosotras y cubren al valle con un velo de sombras diáfnas mientras el rocío se sacude sobre el pasto marchito.

Llevo a Fiona a un costado de la casa en silencio. Pese al frío en el aire, siento la piel caliente e hirsuta. La cabeza me da vueltas. Me preocupa que, si giro y Fiona ve mi rostro, aunque sea por un instante, sabrá la verdad.

Puede que yo esté en grave peligro y, al estar cerca de mí, ella también podría estarlo.

Comenzó más o menos hace un año, justo después de mi cumpleaños dieciséis. Estaba bordando una de las pañoletas de mamá, con pájaros negros volando por la tela, cuando levanté la mirada y vi una parvada que iba formando una flecha por el cielo. Poco después, estaba cosiendo una liebre con cola blanca en la funda de una almohada, cuando uno de los sabuesos del vecino se apareció en el campo con una liebre blanca ensangrentada entre los dientes.

Una sensación tibia y de cosquilleo comenzó a llenarme los dedos siempre que cosía. No era desagradable, tan solo extraña.

Pasé incontables noches despierta, mirando las austeras vigas de madera en el techo, intentando descifrar si estaba loca o si me había caído una maldición, o ambas. Algo me quedaba claro: las sombras de la enfermedad ya se habían cernido sobre nosotros antes. La Mancha nos tocó. No podíamos saber qué otra catástrofe podría sucedernos por eso. Y desde que descubrí que mis fantasías bordadas se reflejaban en el mundo a mi alrededor, el silencio de mamá se ha vuelto cada vez más ensordecedor. La casa se llena con el eco de todo lo que no se dice.

Pérdida. Agotamiento. Hambre brutal, día tras día.

El aire de la mañana me estremece y revuelca el miedo helado que llevo en las entrañas. Cuando llegamos junto al establo, al fin suelto a Fiona, pero no puedo evitar lanzar otra mirada temerosa por encima del hombro. La casita de madera gris está en silencio bajo el rocío de la mañana, tal como la dejamos.

—¿Qué te traes, Shae? —Enarca una ceja con gesto de sospecha e intriga.

—Fiona —empiezo a decir, mordiéndome el labio con fuerza al darme cuenta de que no sé bien cómo decirlo—, necesito un favor. —Es la primera cosa sincera que se me ocurre.

Sus ojos se suavizan.

—Claro, Shae. Lo que sea.

Inmediatamente quiero tragar mis palabras. Intento imaginar qué pasaría si simplemente le explico lo que pasa. «Es posible que me haya caído una maldición por La Mancha y por eso quiero preguntar si los Bardos pueden curarme».

En el mejor de los casos, me arriesgo a perder a mi amiga por miedo a que le haya pasado la maldición, además de que todo el pueblo lo sabrá en un santiamén. Sus padres cancelarán el trato con mamá, nadie comprará nuestra lana y mi familia se morirá de hambre.

Incluso decir eso en voz alta está prohibido. Cualquier palabra que conjure malos pensamientos debe evitarse a toda costa. Se dice que esas palabras traen sus propias maldiciones y que estas caen tanto en quien las pronuncia como en quien las escucha. Es probable que las palabras por sí solas materialicen los eventos.

En el peor de los casos, le paso la maldición a mi mejor amiga en el mundo.

No puedo arriesgarme a eso.

Al ver el dulce y ansioso rostro de Fiona, sé que no puedo. No me puedo arriesgar a perderla a ella también.

—¿Puedo llevarle la lana a tu papá? —es lo que pregunto—. Necesito que lleves al rebaño a la pastura del norte mientras no estoy. Esta mañana no deberían estar demasiado reacios y puedo darte todas las instrucciones. Me has visto hacerlo muchas veces.

Fiona frunce el ceño.

—¿Eso es todo? Sí, claro. Pero ¿por qué?

El corazón me late a toda velocidad. Respiro profundo y me recargo en la áspera pared del establo para no perder el equilibrio y aclarar las ideas que se me revuelven en la cabeza, frustrada ante lo mala que soy para esto.

—Ah, ya sé qué está pasando. —Una sonrisa ladina se asoma por la comisura de la boca de Fiona y mi corazón de pronto se queda en silencio y se me cae a los pies—. Vas a ver a Mads, ¿verdad?

—¡Sí! —exclamo junto a un suspiro de alivio—. Exactamente. —Nadie se preguntaría por qué voy al pueblo a ver a Mads sin previo aviso, y si lo hicieran, sus sospechas estarían muy lejos de las que a mí me preocupan.

—Shae, no tienes de qué avergonzarte —Fiona se ríe—. Lo entiendo totalmente.

Me obligo a soltar una risita que espero sea convincente, aunque más bien parece una exhalación que se me quedó atorada en la garganta.

—Gracias. Te debo una.

—Ya se me ocurrirá algo, estoy segura. —Se acerca y me abraza. Siento el impulso de alejarme, como si al tocarme pudiera contagiarse. Pero dejo que su fresco aroma a moras, eneldo y agua de río me llene y en este momento me sienta afortunada y no maldita.

Fiona y yo siempre hemos sido una pareja poco convencional en cuanto a amigas se refiere. Mi estatura es baja y la de ella alta. Yo soy oscura y ella blanca. Yo soy de hombros anchos y tosca; ella es delgada y suave. Ella tiene pretendientes y yo tengo ovejas. Bueno, ovejas y a Mads. Pero es casi lo mismo. Fiona es leal, considerada y está dispuesta a aguantar todos mis cambios de humor. Es la clase de persona que me ayudaría con gusto y sin esperar nada a cambio. Se merece algo mucho mejor que mis secretos.

—Te adora, ¿no crees? —pregunta Fiona, soltándome. La sonrisa ladina se convierte en una sonrisa de oreja a oreja—. Nunca pensé que te casarías antes que yo.

Suelto una carcajada real.

—¡No vayamos tan lejos!

Si Fiona tiene un defecto, es su amor por el chisme. Y los muchachos tienden a ser su tema favorito. Si tantos hombres me pusieran atención como a ella, quizá también sería el mío. Mads parece ser la única excepción en todo el pueblo de Aster.

Me besó una vez, el año pasado, tras un decepcionante festival de la cosecha. Al día siguiente, el condestable anunció que la seguía

había regresado, así que Mads y su padre se fueron a un viaje de cacería de tres semanas. Nunca hablamos sobre el beso. Incluso ahora, no estoy segura de qué es lo que siento al respecto. Quizás el primer beso de todas las personas carece de gracia y quizá solo mienten para que los demás se sientan mejor.

Pero Mads es la menor de mis preocupaciones. Solo espero que esta farsa dure lo suficiente para llegar al pueblo y volver sin que Fiona o mi mamá descubran la verdadera razón, y sin que ningún vecino entrometido se entere. En Aster, cualquiera podría estar vigilando. Por lo general, todos siempre lo hacen.

—Prométeme que me vas a contar todo cuando vuelvas —me pide Fiona, hundiendo aún más el cuchillo en mi corazón.

—Lo prometo. —Esquivo su mirada—. Ven, déjame enseñarte qué debes hacer con el rebaño cuando yo no esté.

Fiona me sigue obedientemente hacia la entrada, alrededor del establo descuidado. Al igual que en la casa, la madera de las paredes se ha puesto gris con los años, junto con el maltratado techo de paja. Es impresionante que siga en pie, aunque apenas, y eso sin mencionar que evita que los depredadores y los ladrones se metan.

El rebaño bala y se mueve alegremente mientras quito el cerrojo y abro la puerta. No pierden el tiempo y salen rápidamente hacia la pastura. Por suerte, hoy parecen estar dispuestos a cooperar y mantenerse juntos mientras avanzan hacia el valle. Solo Imogen es un poco lenta, pero se lo perdono, pues está por dar a luz esta semana. Que nos dé otro cordero hace que valga la pena el tiempo extra que hay que esperar a que alcance a los demás.

Llevamos a los borregos a la cima al este del valle, donde no se alcanza a ver desde la casa, y luego me doy la vuelta y tomo a Fiona de las manos.

—¿Qué? —pregunta, con expresión confundida.

—Casi se me olvida. Tengo algo para ti. —Me meto una mano al bolsillo y saco mi último proyecto: un pañuelo que teñí de rojo con una mezcla de betabel y pétalos, bordado con flores oscuras

que parecen ojos. Fue otro de mis sueños raros, aunque este es imposible que se vuelva realidad.

—Es hermoso —susurra.

Esa es otra cosa sobre Fiona. Ama todo lo que yo coso, incluso las imágenes extrañas y perturbadoras. A veces, creo que tal vez ve el mundo igual que yo. Otras, me parece que ama lo que hago justamente porque no lo ve así.

Porque para ella, el mundo parece simple. Para ella, el sol solo es luz, no un flagelo. Para ella, la noche es un manto de estrellas, no una carga de miedo y silencio. Lo que no puedo decirle, lo que ni yo misma puedo entender, es que a veces presiento que la oscuridad me tragará entera.